EL RADICAL

ÓRGANO LOCAL DEL PARTIDO

Año I | Redacción y Administración: Canalejas, 152 - 1.º | Ferrol, 28 de Diciembre de 1935 | Se publica los sábados. No se devuelven los originales | Núm. 34

El Radical *desea a sus lectores y anunciantes una feliz salida y mejor entrada de Año.*

Y, al mismo tiempo, hace votos fervorosos por que en el año que comienza se vean satisfechas y colmadas las ansias que son aspiración legítima de nuestra ciudad querida.

LA GESTORA PROVINCIAL

NUESTRA PROTESTA

Queremos creer que los buenos propósitos políticos del Sr. Portela Valladares—en su doble condición de Presidente del Consejo y de Ministro de la Gobernación—han sido desvirtuados con ocasión del nombramiento de la Gestora provincial de La Coruña. Decimos esto—seguros de la razón que nos asiste—por la preterición de que, una vez más, se ha hecho objeto a Ferrol, a quien se deja sin representación en la mentada Comisión gestora.

Más, por si esto no fuera bastante a promover esta nuestra protesta como ferrolanos, una razón que está en este caso, por encima de los legítimos fueros de nuestra ciudad, nos movería a hacerlo. Nos referimos a la composición, de marcada factura caciquil, de la Gestora provincial nombrada, sin echar de menos la conocidísima personalidad política y los avatares de algunos de sus componentes.

Entendemos que los buenos propósitos de D. Manuel Portela Valladares corren peligro de estrellarse, pues es notorio que, si en verdad se trata de hacer resplandecer en leal consulta al Cuerpo electoral las decisiones de su soberana voluntad, la Gestora nombrada no ofrece de momento, ni podrá ofrecer en su día, las pruebas de independencia e imparcialidad necesarias para poner a cubierto de los desmanes caciquiles, la libérrima voluntad ciudadana.

Conste, pues, esta nuestra protesta que hacemos, al margen de todo particularismo, como ferrolanos y como demócratas.

NUESTRA OPINION

Lo que a España y la República conviene

Centrar la República—lo hemos venido repitiendo hasta la saciedad ayer y lo reiteramos hoy—sería, a nuestro juicio, tanto como estabilizarla y aplomarla sobre una cimentación sólida y adecuada. Vale decir: recrearla al calor de la constitución interna del pueblo español, al margen, por lo tanto, de los extremismos peligrosos e infecundos que por este y el otro flanco la vinieron y vienen acosando. Consolidarla, en fin, dejando al discurrir de la evolución natural de los tiempos los avances de área, así social como política que cada época demanda.

Por identificación con el expuesto criterio, leal y noblemente afirmamos nosotros que en tanto el régimen republicano no se centre, y en cambio siga pendulando bruscamente, de la izquierda a la derecha, o de la derecha a la izquierda, la política de la República no podrá hallar la trayectoria de continuidad necesaria al normal desenvolvimiento y al afincamiento definitivo, en nuestro país, del régimen que se dió a sí mismo el 14 de Abril del 31.

En la presente hora—decisivamente histórica—oteando serenamente el futuro próximo, en el que se van a votar las terceras Cortes de la República, el pueblo español, por instinto de conservación, tiene el deber de contribuir, con la papeleta electoral en la mano, a allanar los caminos del nuevo Estado, haciendo factible el triunfo de una situación política centro, tan distante, por la izquierda, de Lenin, como por la derecha de Mussolini.

Solo así, el pueblo español podrá hacer que la República perviva por siempre jamás, y que la democracia política, fundamento esencial y principal razón de ser del régimen republicano, sea por fin una realidad en España.

Así, por lo menos, honradamente, lo entendemos nosotros.

HOMBRÍA, SEÑORES

Se encanallece quien para hacer política se permite recurrir a la felonía y a la invocación sangrientas—que merecían verse devueltas en tajante y efectivas—en el procaz sujeto que las profirió.

Esto—y nada más que esto—para el majadero que en letra impresa se ha permitido escribir que *para justificar un "enchufe" fué menester antes meter a un hombre en la cárcel.*

Estúpidos y necios que a tales bajezas recurrís: sabed—y estamos en lo cierto—que para las víctimas de toda causa que inspira un ideal para los caídos de cualquier ideología, hemos tenido en todo instante el máximo de nuestros respetos beis sabido observar vosotros que virtud que, por el contrario, no hacía de su desgracia os venís sirviendo en explotación descarada e inhumana, procurando adeptos para vuestras capillas.

Hombría, señores, hombría.

Páginas para la Historia

El obrerismo español y la República

Corría el año 1926 cuando empezaron las conferencias de la Alianza Republicana con la Confederación Nacional del Trabajo, una de ellas en Barcelona, en la calle de Salmerón, de Gracia, en el despacho del letrado D. Emilio Gardó, entre un delegado de la Junta provisional de Madrid y D. Angel Pestaña. Más tarde, Giral, Martí Jara y Marsá fueron repetidas veces a Cataluña para tratar con el Comité revolucionario de la Región; del que formaban parte los delegados de la C. N. T. ¿Qué pactos mediaron entre la Alianza Republicana y la Confederación Nacional del Trabajo? Muy sencillos, nobles concretos y escritos: la C. N. T. apoyaría con todas sus fuerzas la acción revolucionaria de la Junta Provisional, la C. N. T., que no quería carteras ni participación ninguna en el Gobierno, triunfante la República, seguiría ayudando a su consolidación durante seis meses. Pasado este tiempo recabaría su libertad para continuar libremente sus propagandas, salvo que corriera peligro el régimen, en cuyo caso para evitarle dificultades, pondría al lado de éste sus organizaciones durante el tiempo necesario, a fin de impedir una nueva Restauración. A cambio de estas concesiones, la C. N. T. no exigiría otra cosa que respeto a aquellos principios de libertad que constituyen el fundamento de las verdaderas democracias. Libertad para sus propagandas, publicaciones y reuniones para no verse inicuamente perturbados en la defensa de sus ideales, maltratados en las cárceles, amenazados en su vidas, por las autoridades con procedimientos perversos. Entre caballeros no podían ofrecer dificultades pactos de esta naturaleza, y todos juntos, sin que se nos impusiera ninguna clase de extremismos ni de conservadurismos, laboramos serena e incesantemente por la causa de la revolución.

Por el mismo tiempo en el 1926, se intentó también la unión con los socialistas, y la contestación de D. Julián Besteiro, en el laboratorio del doctor Giral, Atocha, 35, fué esta: «Cuando estén ustedes unidos, los republicanos»; la respuesta dejó a todos como quien vé visiones, pues, la realidad era en aquel entonces que los republicanos, sin excepción alguna estaban representados debidamente en la Junta provisional. Desde el año 1926 al 30, con el afán de concertar el mayor número de elementos, se insistió —sin hacer caso de las opiniones de algunas personalidades destacadas del socialismo que calificaban de «mamarrachadas» las actuaciones revolucionarias,—constantemente, por distintos conductos para que los socialistas entraran en la unión de izquierdas antimonárquicas, y hasta el 11 de Julio de este último año no se logró que compareciera una representación del Partido socialista a una reunión, en el despacho del presidente del Ateneo de Madrid, integrada por Cordero, de los Ríos y Besteiro, «únicamente, según afirmaron al objeto de informarse de las condiciones mediante las cuales se podría concertar un pacto entre republicanos y socialistas». Exactamente lo mismo que hoy para aceptar la unión con los llamados republicanos de izquierda. ¿Los véis?

Las condiciones de los republicanos, en armonía con la actuación siempre desprendida y generosa de la Alianza republicana, dispuesta a no regatear nada en la concesión de mejoras favorables a los trabajadores, no tuvieron adecuada respuesta, pues todavía en el Pacto de San Sebastián no hubo representación de los socialistas, ya que D. Indalecio Prieto asistió a él, como otros varios señores, en calidad de invitado; y fué precisamente la indisciplina de este, secundada por muchas entidades de diversas poblaciones que, contra la voluntad de sus dirigentes, hicieron causa común con los republicanos; y fué sobre todo la seguridad de *que con los socialistas y sin los socialistas* se instauraba la República, lo que hizo nacer oficialmente la Conjunción y el Gobierno republicano - socialista antes de la República, cuando ya la nueva dictadura de Berenguer andaba ya muy de capa caída.

Y aquí viene lo verdaderamente inaudito, lo que, sin duda estando en el enorme progreso de los tiempos, muy por encima de cosas bien viejas, algunas, y otras no tanto, inventadas por filósofos griegos, juristas y moralistas romanos, santos padres y dignidades de la Iglesia, políticos legisladores y catedráticos, ingleses, alemanes y norteamericanos, tal vez para pasar el rato—a la luz de la lógica; del juicio y de sus antecedentes, la madurez y la cordura; el raciocinio y sus fundamentos, el entendimiento y la razón; de la juricidad y sus componentes, la filantropía y la justicia social, de la verdad, la precisión y la exactitud; del amor a los semejantes, de la austeridad la integridad y la serenidad que debe existir siempre entre los hombres de determinadas categorías...., no tiene compresión posible ni explicación alguna como no sea la que dan de don Manuel Azaña sus amigos . . ., ¡perdón!, No tiene amigos, sus colaboradores o reanudadores de Acción republicana al afirmar que aquél es el portentoso talento brotado de la revolución, con una fuerza germinativa tal, alcanzando horizontes y alturas tan inconmensurables, que los pobres idiotas, quijotescos y sancho-pancescos españoles, tan dados a sus Dulcineas, enchufes y vaquillas, como vejados para las cosas fundamentales, no podrán conseguir jamás ni intentar siquiera sin ver, siempre a ras de tierra, arder las alas de sus cabalgaduras.

Nada dice en este hombre excepcional, casi único y exclusivo, nacido de la revolución y para la revolución; nada le dicen su labor modesta y silenciosa durante más de cinco años en la Junta provisional de la Alianza republicana que se reunía semanalmente, en casa de D. Alejandro Lerroux, ni los pactos firmados y sellados con otros organismos republicanos, ni los compromisos con la Confederación Nacional del Trabajo, ni la generosidad de los correligionarios del Partido autonomista de Valencia, que le regalaron un acta que no había podido adquirir ni con 50.000 pesetas, ni con el apoyo de la monarquía, en sus luchas de Puente del Arzobispo, sordo a la amistad, a la gratitud, a los lamentos de sus correligionarios del grupo de Acción, a las razones de sus compañeros de Consejo nacional de Alianza republicana, a los sacrificios de los que vertieron su sangre en Jaca y arriesgaron su vida en Cuatro Vientos por la república y no por la causa socialista; sin consideración ni respeto a otros pactos



que o los contradicen los que vinieron a última hora para sentarse a la mesa a la derecha del presidente o a la izquierda de la presidenta, como lo hubieran hecho a la derecha de la reina o a la izquierda del rey si les hubiera invitado a ello. El señor Azaña, se convierte y convierte a la República en instrumento de la Unión General de Trabajadores, contra la Confederación Nacional del Trabajo, fomentando la guerra civil y una política suicida que culmina en Casas Viejas.

Presumir todavía ante estos hechos de poder gobernar con la opinión secuestrando la soberanía nacional, es aferrarse a la necedad de querer constituir en España una oligarquía socialista, que es mucho más contraria a la libertad que las dictaduras padecidas, porque toda oligarquía, según un sabio autor, pone aún más obstáculos a la sana vida civil que la tiranía «una clase que solo se cuida de sus propios intereses, puede dar a la injusticia formas mucho más variadas que un déspota individual, su insolencia conduce siempre en breve tiempo a la revolución». ¡Acordémonos de Octubre!... El mismo autor añade, no temía a las reformas político - sociales por avanzadas, sino por que no eran prudentes y «por que veía que con ellas los ciudadanos serían pobres y desgraciados». Azaña sin embargo no lo entendió ni entiende así y los frutos de su incomprensión los venimos pagando al presente todos los españoles.

El Censo Electoral

DEBER DE CIUDADANÍA

Todo ciudadano tiene el deber ineludible e inexcusable de reclamar el ejercicio de los derechos que le son propios y dentro de la legislación de su país le son concedidos, cuando tales derechos, por malas artes, o falta de debida controlación le hayan colocado al margen de su práctica.

En el Negociado de Estadística del Municipio hállanse a disposición del público las listas de inclusiones y exclusiones en el Censo Electoral.

Ningún espíritu liberal, ningún republicano efectivo, debe olvidar la responsabilidad que contrae ante la República y la Patria si su abandono lo sitúa en el caso de no poderlas servir con la emisión de su voluntad acudiendo a expresarla en las urnas.

Hombres o mujeres que hayan cumplido, o cumplan, "veintitrés años" antes del "30 de Noviembre del próximo año de 1936" deben figurar en el Censo Electoral.

Para facilitar tal reclamación, así como para excluir a quienes figurando en las mencionadas listas no estén en el goce del disfrute del expresado derecho deben acudir a la oficina que a tal objeto viene funcionando en el Centro Radical—Canalejas, 152-primero hasta el día 20 de diciembre.

Ciudadanos: Leed todos EL RADICAL

La asamblea del Partido Radical

El domingo celebró su última sesión la asamblea del partido radical, bajo la presidencia de D. Alejandro Lerroux.

Asistieron al acto 170 delegados, que ostentaban representaciones de organismos provinciales. También asistieron 52 diputados y el presidente de las Cortes, D. Santiago Alba, que no lo hizo a las sesiones que se celebraron con anterioridad. Se recibió la adhesión del Sr. Samper.

Discusión.—Se dió cuenta de varias ponencias formuladas a la asamblea por los representes de Santander, Tarragona, Toledo, Barcelona y otras provincias.

Estas ponencias fueron discutidas ampliamente.

Por unanimidad se tomó el siguiente acuerdo:

Cada provincia tendrá autonomía para concertar las coaliciones que estime oportunas en las próximas elecciones, siguiendo las lineas generales que en su momento trace la Comisión central electoral. En el caso de duda, esta Comisión organizará a las organizaciones provinciales lo que haya de hacerse por éstas.

Junta reorganizadora.—Se nombró la Junta reorganizadora y preparatoria de la asamblea nacional, para la que fueron elegidos los señores Lerroux, Alba, Pereja, Arrazola, Tuñón de Lara, Marsa, Darío Pérez, Sierra Martínez, Armasa, Barbosa Blanc y Montaner.

Central Electoral.—La Comisión central electoral quedó constituída por los señores Lerroux, Alba, Cantos, Rey Mora, Marraco, Picón, Barbosa, Alcalá, Martínez Moya, Hidalgo, Marsá y el secretario del partido.

Ciclo de conferencias.—Antes de que el señor Lerroux dirigiera la palabra a la asamblea, ésta resolvió abrir un ciclo de conferencias de tipo de propaganda y en las que se aborden, además, temas económicos y que puedan servir para la propaganda electoral del partido.

Un manifiesto.—Igualmente se acordó redactar un manifiesto dirigido a la opinión pública en el que se recojan las orientaciones del Partido Republicano Radical.

El Sr. Lerroux cedió la palabra a D. Santiago Alba como consecuencia de determinadas manifestaciones hechas por el delegado de Santander, el cual traía un mandato expreso de aquella organización. Este mandato parecía querer aludir a la jefatura del Partido Badical.

Adhesión de Alba al Partido.—El Sr. Alba reiteró su adhesión al Partido Radical, haciendo constar que moriría dentro del credo republicano.

Su discurso mereció grandes aplausos.

D. Alejandro Lerroux dió por clausurada la asamblea con un breve discurso durante el cual tuvo frases de agradecimiento para las palabras de adhesión a su persona y a su partido que acababa de pronunciar el señor Alba y dijo, que, como los asambleistas habían podido apreciar a través de las reuniones de la asamblea, se había observado que la unidad del Partido Republicano Radical es intangible y que, por la tanto, no hay más jefatura que la suya. Añadió que si algún día, por circunstancias ahora desconocidas e imprevistas, hubiese que votar una nueva jefatura para el Partido Radical, él votará sin titubeo alguno la de D. Santiago Alba.

La asamble terminó con vivas a la República, a España y al jefe del Partido Radical.

Un banquete de confraternidad.—Terminada la asamblea del Partido Radical, los asambleistas se trasladaron al Hotel Nacional, donde se celebró un banquete en honor del Sr. Lerroux.

Acto seguido hizo uso de la palabra el representante de Toledo, Sr. Infante, que, en nombre de las demás representaciones provinciales, coincidió con los conceptos expuestos por el anterior orador.

Discurso del Sr. Lerroux.—El Sr. Lerroux, que fué acogido con grandes aplausos, expuso su gratitud por las frases de elogio que le habían sido dedicadas, tanto en la asamblea que acaba de ser clausurada como en el banquete que se estaba celebrando.

Hizo historia de todo lo actuado.

Hizo resaltar que en todo momento aceptó sin la menor contrariedad todos los cargos que se le confirieron.

Aludió a su labor como ministro de Estado y representante de España en la Sociedad de Naciones. Recordó también su actuación como presidente del Consejo, en cuya etapa de Gobierno fué ocupado Ifni.

El orador se refirió a su actuación cerca de determinados partidos para que se incorporaran a la República. Elogió la lealtad de esas fuerzas políticas, en cuya caballerosidad fió siempre.

Terminó entonando un himno a la República y a los altos poderes del Estado.

Itinerario, quiebra y reconquista de un camino político

En el Teatro de la Zarzuela dió su anunciada conferencia el señor Pérez Madrigal.

Comenzó diciendo que iba a colocarse frente al Poder público, pero dentro de la Ley, y pidió al delegado de la autoridad que no le cohibiera en su derecho. Seguidamente desarrolló el tema de su disertación: «Itinerario, quiebra y reconquista de un camino político.»

—El itinerario—dijo—lo marca la España del bienio.

En las Cortes el itinerario era la amnistía, la abolición de los Jurados mixtos y la Reforma de la Reforma Agraria. En una palabra—sigue diciendo el orador—realizar una política de desagravios a España y devolver su espíritu. Recordó sus calificativos de entonces al señor Casares Quiroga y la actuación de las Casas del Pueblo y su conducta durante la revolución, afirmando que aquello era la quiebra del Estado.

Historió la evolución política, que culminara en la unión de los señores Lerroux y Gil Robles—para salvar a España y negó que por parte de ninguno de ellos, hubiese deserciones ni apostasías; si, en cambio, abnegación e impopularidad.

Las fuerzas contrarias—añadió—no acertaron a comprender que el señor Gil Robles salvaba a la República y le pusieron el veto. Refiriéndose a la exaltación del señor Samper a la Presidencia del Consejo, dijo que vino a malograr la coalición. Por este hecho lo atacó duramente e hizo asimismo objeto de sus censuras al señor Chapaprieta durante su primera Presidencia de la Jefatura del Gobierno del bloque.

Hizo el orador un relato trágico de la revolución de octubre.

Habló de la movilización de las Cortes contra Lerroux con motivo del «straperlo».

Hizo un cálido elogio del acusado y censuró a los que ahora le abandonaban después de deberle cuanto son.

Terminó diciendo que la reconquista será la del partido radical para salvar a España y a la República.

El misterio de iniquidad

o sea los Pérez y los López

Juan pertenecía a la familia Pérez, rica y liberal desde los tiempos de Alvarez Mendizábal. Desde muy niño había oído hablar de los carlistas con encono mal contenido. Se los imaginaba bichos raros, y tenía de ellos una idea del mismo género a que pertenece la vulgar del judío. Gente taciturna, de cara torcida, afeitada o con grandes barbas negras y alborotadas, largos chaquetones negros, parcos de palabras y tomadores de rapé. Se reunían de noche en las lonjas húmedas, entre los sacos fantásticos de un almacén lleno de ratas para tramar allí cosas horribles.

Con los años cambiaron de forma en su magín estos fantasmas, y se los imaginó gente taimada, que en paz prepara a la sordina guerras y que solo se surte de las tiendas de los suyos.

Cuando se hizo hombre se disiparon de su mente estas disparatadas brumas matinales, y vió en ellos gente de una opinión opinable, puesto que es opinada, fanáticos que, so capa de religión, etc. Es excusado de enjaretar aquí la letanía de sandeces salpicada de epítetos podridos que es de rigor entre anticarlistas.

En la familia Pérez había vieja inquina contra la familia carlista López. Un Pérez y un López habían sido consocios en un tiempo; hubo entre ellos algo de eso cuyo recuerdo se entierra en las familias; este algo engendró chismes, y la sucesión continua de pequeñas injurias diarias, saludos negados, murmuraciones, miradas procaces, chinchorrerías, en fin, engendraron un odio duro.

La familia Pérez, aunque liberal, era tan piadosa como la familia López. Oían misa al día, comulgaban al mes; figuraban en varias congregaciones, gastaban escapularios. Eran irreprochables.

Nuestro Juan Pérez se había nutrido de estos sentimientos, a losque añadía alguna instrucción, ni mucha ni muy variada. Su afición mayor eran las matemáticas.

Así estaban las cosas cuando empezó a sonar en este mundo el famosísimo aforismo «el liberalismo es pecado», frase portentosa. ¡Pecado! La elección de esta palabra es una obra maestra, pues cualquiera otra que se empleara: error, herejía, impiedad, crimen, o dice más o menos, y así, o no llegan al blanco o pasan de él.

Nuestro Pérez tomó esto a poca cosa, como un ardid indigno salido de las lonjas humedas donde se reunían los fantasmas del chaquetón. Un artículo que por casualidad llevó a sus manos le abrió el apetito. Leyó el áureo libro del eximio Sardá, se aficionó a los artículos del Hermano Mayor, a las cartas del Martillo de protestantes y liberales y empezó a preocuparse de esa doctrina nefadda que bajo nombre de liberalismo infiltra en la sociedad como veneno sus miasmas deletéreos. Lo nefando y deletéreo, sobre todo, le producía cosquillas en las sienes.

Estudió la lucha entre mestizos y puros, y se sabía de pe a pa las decisiones del Indice y los viajes de don Colestino. Se dedicó a leer los periódicos puros, y con fruición de espíritu anémico tragaba artículos inacabables, siempre sobre lo mismo, siempre en el mismo estilo y con los epítetos consagrados siempre. Aguzó su espíritu en las argucias imperceptibles, en los juegos malabares de distincionzuelas y en los pequeños logogrifos de conceptillos.

A todo esto llegó la encíclica *Libertas*, y con ella las bricsas predicaciones en contra de ese conjunto de todas las herejías y la campaña contra los liberales, imitadores de Lucifer, cuyo es aquel grito «¡No serviré!»

Muchas veces, al anochecer, en la iglesia, quedaba sentado en un banco, meditando. Poco a poco sus ideas perdían los contornos, hasta que se convertían en una nube, y entonces, al oir dar al reloj las nueve, salía de la quietud del templo al bullicio de la calle.

Empezó a sentir desazón en su alma. Una noche volvía del sermón a casa y le zumbaba en la cabeza el famoso aforismo. No podía entrar con que él fuera más pecador que un adúltero o un asesino, y la cosa estaba bien clara, porque pecar contra la fe, directamente contra Dios, no dándole crédito, es peor que pecar por carambola; la soberbia es más satánica que la ira o la injuria. Aquella noche no pudo pegar ojo; resudando dió mil vueltas en la cama, se levantó a beber agua del jarro de la jofaina, cerraba los ojos con violencia, proponiéndose contar hasta 150; ni por esas; nada: siempre en el campo oscuro bailando la sentencia. Así hubiera pasado toda la noche si a eso de las cuatro, con la fatiga, que venció al insomnio, no hubiera iluminado su mente esta idea de paz: salvo los casos de ignorancia y de buena fe. Se durmió diciendo: Dios me perdonará, porque no sé lo que me pienso.

Juan Pérez recobró aparente calma, considerándose caso de ignorancia o de buena fe.

Pero... veámoslo: la ignorancia vencible, ¿no es pecado? Empezó a buscar en su alma si era él caso de ignorancia o de buena fe, pero todo ello eran argucias del enemigo malo. ¡Cuesta tanto crucificar al hombre viejo! Dale que le das, le volvieron los insomnios.

Así estaba el pobre. Volvió a leer el áureo libro del eximio Sardá, la encíclica *Libertas*, y empezó a estudiar lo que la maestra de la gente entiende por liberalismo en sus varios grados y matices, y por liberales, imitadores, etc. Una tarde, a la hora en que se acuesta el sol en cama de oro y cuando volvía Juan Pérez de paseo por una estrada, mordiendo un brote de zarzamora, se le ocurrió preguntarse: "¿Soy yo acaso, liberal, imitador, etc.?" Y descubrió sin asombro, como cosa olvidada de puro sabida, que nunca había sido liberal. Recobró calma; no era liberal, pero tampoco carlista. ¡Carcunda como los López! ¡Jamás! ¡Los del chaquetón! Debajo de sus ideas yacían siempre los espectros de su infancia.

No era liberal, pero le quedaba el nombre. ¡Qué cosa tan terrible es el nombre! Es el pulpo de la inteligencia. A sus padres les

llamaron liberales y se llamaron ellos a sí mismos liberales. ¡Perder el apellido porque otros lo hayan difamado! El nombre se aferraba a él, porque Satanás sabe que la piel es lo último que se deja, y que por la piel se pierden muchos. Mi liberal cerró ojos y oídos al terrible nombre, a la palabra misteriosa, que es lo que fué en principio.

En la vida interior de Juan Pérez vino otro período de prueba. ¿Basta, en el siglo de la lucha, verla como mero espectador? ¿Basta desertar de las banderas de Bebial? La timidez, ¿no es pecado?

El resultado fué que Juan Pérez se hizo tradicionalista; carlista, no; abjuró en todos sus grados y matices la secta deletérea que jamás había profesado, y se apartó de los liberales, imitadores de Lucifer, cuyo es aquel grito: "¡No serviré!" Estudió los errores nefandos que constituyen ese abominable compendio de todas las herejías, y aborreció, sobre todo, los infames contubernios de los hijos de la luz con los de las tinieblas; le picó un prurito de ergotista curiosidad por conocer el bien y el mal, y leyó obras de liberales para conocer de cerca el cáncer de nuestra sociedad.

Refresquemos la sequedad de este relato.

Carmencita era una buena muchacha, celebrada por todas las viejas y con los bolsillos sonantes, condiciones que explican por qué Juan Pérez y un López, convencidos ambos de que no está bien que el hombre esté solo y que no es bueno quemarse, la persiguieran con buen fin. Este López, de carlista se había hecho íntegro, íntegro de cabeza, leal de sangre, porque toda otra distinción no pasa de válvula de seguridad en un cerebro henchido de verdad absoluta.

No se sabe cómo fué que López quitó el partido a Pérez y casó con la chica de los cuartos. Juan Pérez pasó malos días y peores noches; pero al cabo bendijo los inescrutables designios de la Divina Providencia, y en nada disminuyó su amistad para con López, a quien había sacrificado rencorcillos de familia en aras de la comunidad de doctrinas.

Juan Pérez, cuando se había creído liberal, maldito si sabía lo que es el liberalismo; pero ya purificado, estaba al dedillo de los pestilentes errores de la nefanda secta, y había leído a los corifeos de la impiedad y a algunos alemanes traducidos. El enemigo malo, a las veces, le tentaba; el conocimiento del mal le daba vértigos y oía como canto de sirena engañadora el silbo maléfico de la serpiente infernal.

El demonio le tentaba, y cuanto más se hundía su imaginación en el ergotismo laberíntico, su inteligencia, corrompida por el pecado original, más se levantaba en alas de la soberbia. Satanás le levantaba ofreciéndole un mundo nuevo de ideas nuevas si rendido le adoraba. Empezaba a empacharse de la dulce virtud de humillarse ante la letra y desconocer que Dios escogió lo necio y lo flaco del mundo para avergonzar a los sabios y a los fuertes. Hay que añadir que por este tiempo Juan Pérez se dedicaba a la gimnasia y bebía los vientos por una muchacha casquivana y pobre.

Llegó el estallido. Sucedió que un día de primavera, en cierta reunión, departían amigablemente, entre otros varios, nuestros Pérez y López, acerca de una carta del Martillo, y comentaban el tiroteo entre íntegros y leales. Repetían por centésima vez el mismo chiste, escudriñaban la cuarta intención de cosas sin la primera, repetían argumentos que siempre con los mismos collares se leen empotrados en seis o siete columnas de prosa prensada, cuando trabaron discusión Juan Pérez y Pedro López sobre el mayor o menor grado y matiz de liberalismo de sus opiniones respecto a un punto concreto.

Es de saber que en este desdichado siglo de las luces y de los derechos del hombre, el virus pestilente del liberalismo lo inficiona todo de tal manera con sus miasmas deletéreos, que circula hasta en las raíces del integrismo más puro. Es uno de los mayores tormentos del hombre puro examinar despacio cada idea que se le ocurra antes de manifestarla y ponerla en cuarentena hasta ver qué grado y matiz de liberalismo puede tener. ¡Oh siglo infeliz!

Llegó la discusión del Pérez y el López a agriarse a punto que intervenían los amigos, temiendo un mal remate. Pérez ardía, tenía la cara roja, el corazón palpitante, se sofocaba, y la sangre, inficionada del pecado original, le traía los espectros de su niñez, la imagen esfuminada de los chaquetones negros en las lonjas húmedas, el rencor heredado y mamado, frases de sus padres que no entendió al oírlas; miradas de los López, miserias de vecindad con vaho de patio, narraciones de hazañas de cristinos, los ojos de buey de Carmencita que lo miraban, y se le removía el légamo del corazón que Dios le había endurecido, se le dislocaba el cerebro, y sobre todo este nubarrón confuso, veía brillar la fatal sentencia. Sintió un nudo en la garganta y ganas de estrangular a López cuando oyó que éste le gritaba:

—¡Quítese usted de ahí, so liberal!

Juan Pérez estalló:

—¡Sí, sí y sí! Liberal, y a mucha honra! Liberal fuí, soy y seré; liberal en todos sus grados y matices, imitador de Lucifer, cuyo es aquel grito: "¡No serviré!" ¡No, no serviré, y si es pecado... que lo sea!

No sabía lo que se decía; pero ni en el delirio de la cólera olvidó la fraseología.

Salió soplando, y aquella noche se le repitieron los insomnios.

Había roto la cáscara, descendía la pendiente, le faltó la gracia eficaz y empezó en su espíritu un trabajo de demolición. Había probado el fruto y acabó por ser liberal a ciencia y conciencia. ¡Mala cosa es ser sabio en opinión propia! Se debe esperar más del necio. ¡Ay de los que son sabios a sus propios ojos!

La doctrina rompió la ignorancia; el conocimiento del pecado trajo horror a él, y la sangre liberal pecado original de los Pérez desde los tiempos de Alvarez Mendizábal, entronizó la carne sobre el espíritu. No conoció el pecado sino por la ley; no hubiera conocido el liberalismo si la ley no le dijera: el liberalismo es pecado. El pecado tomando ocasión de mandamiento, renovó en él la rebeldía de la sangre, porque sin la ley el pecado estaba muerto. Juan Pérez vivió sin ley en algún tiempo; mas cuando vino el mandamiento revivió el pecado; el mandamiento que da la vida le dió muerte. porque el pecado, con ocasión del mandamiento, le engañó y mató. La ley es espiritual, pero nosotros somos carnales.

El misterio de iniquidad se había cumplido: la sangre y Alvarez Mendizábal la habían consumado. ¡Y aun habrá quien se obstine en negar que el liberalismo es pecado. y pecado de los mayores, y los liberales, imitadores, etc.! ¡Miserable y corrompida carne de Adán! ¿Quién nos librará de este cuerpo de muerte?

Miguel de UNAMUNO

¡Defendamos a Ferrol!

Ferrol no puede permanecer al margen de sus capitales problemas y a afrontarlos con fe, entusiasmo y cohesión tesonera, debe decidirse, olvidando, de momento, cuestiones de otro orden, que por sí no habrán de decidir.

¡Acordémonos de Ferrol!

Son los presentes, momentos de prueba, en los que, como necesidad irrefragable, se impone un alto a la lucha, una tregua a las pasiones, para, mirando el presente,—nuncio de un futuro mejor—unirnos todos en defensa de nuestra ciudad.

Imp. EL CORREO GALLEGO—13.012